

La expulsión de lo distinto. Disciplinamiento, higienización y enfermedad en “Lorenzita” de Manuel Atanasio Fuentes*

The expulsion of the different. Discipline, sanitation, and illness
in “Lorenzita” by Manuel Atanasio Fuentes

Richard Leonardo-Loayza**

RESUMEN

El artículo analiza “Lorenzita” (1878) de Manuel Atanasio Fuentes, texto que puede ser considerado como la primera manifestación literaria que aborda el tema de la disidencia sexual en el Perú. Se intenta demostrar que en dicho texto se evidencia el rechazo de las élites dirigenciales respecto del cuerpo del homosexual, el cual es considerado como un cuerpo enfermo y abyecto. Esta postura está relacionada con las prácticas de disciplinamiento e higienización que esta élite desarrolló en contra de las identidades que, según se pensaba, no debían ser incluidas en los proyectos de modernización de la nación peruana a fines del siglo XIX.

Palabras clave:
disciplinamiento,
higienización,
enfermedad,
literatura peruana
decimonónica,
“Lorenzita”.

ABSTRACT

The article analyzes “Lorenzita” (1898) by Manuel Atanasio Fuentes, a text that can be considered as the first literary manifestation that addresses the issue of sexual dissidence in Peru. An attempt is made to show that this text shows the rejection of the leadership élites regarding the body of the homosexual, which is considered a sick and abject body. This position is related to the disciplining and sanitation practices that this élite develops against the identities that it is thought should not be included in

Keywords:
discipline,
sanitation, disease,
19th century
Peruvian literature,
“Lorenzita”.

*

** Peruano. Doctor en literatura peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Filiación institucional: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Lima, Perú. Correo electrónico: pchurile@upc.edu.pe

the modernization projects of the Peruvian nation at the end of the 19th century.

Introducción

El siglo XIX es testigo de lo que Michel Foucault (2010) denominó *sociedad disciplinaria*, cuya característica principal es el manejo de los cuerpos. Una sociedad en la que las relaciones de poder pretenden instrumentalizar dichos cuerpos en el sistema productivo. Lo que se buscaba era crear una sociedad industrial, pero para eso se necesitaba controlar el tiempo de los sujetos, el cual debería estar puesto al servicio del mercado, a cambio de un salario, y que ese tiempo se transforme en trabajo. Foucault dice:

El cuerpo, en una buena parte, está imbuido de relaciones de poder y de dominación como fuerza de producción; pero, en cambio, su constitución como fuerza de trabajo solo es posible si se halla inmerso en un sistema de sujeción (en el que la necesidad es también un instrumento político cuidadosamente dispuesto, calculado y utilizado). El cuerpo solo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido. (*Vigilar y castigar* 35)

Por esta razón había que disciplinar el cuerpo, someterlo, hacerlo dócil. Solo así se podría utilizar e instrumentalizar a los individuos para los fines productivos que la sociedad esperaba de ellos. El poder disciplinario, en lugar de sacar y retirar, tiene como función principal “enderezar conductas, o sin duda, hacerlo para poder retirar mejor y sacar” (Foucault, *Vigilar y castigar* 199). Esta nueva sociedad que se desea implantar surge a instancias y es funcional al sistema capitalista (Cornejo Espejo 188). Una de las estrategias que usa el poder disciplinario es lo que Foucault denomina *el examen*. Se trata de un saber que permite el ejercicio de la vigilancia. Así:

El examen combina las técnicas de la jerarquía que vigila y las de la sanción que normaliza. Es una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece en los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona. (Foucault, *Vigilar y castigar* 215)

Este dispositivo no solo posibilita vigilar a los individuos, sino constituir un saber sobre aquellos a los cuales se vigila.

En la sociedad industrial la norma a imponer era la heterosexualidad, por lo que se aspiraba a prescindir de los cuerpos de los individuos que no encajasen en dicha norma¹.

El poder disciplinario busca vigilar y controlar a las identidades sexo-genéricas que no comparten esta finalidad de reproducción. Una manifestación de este control en el siglo XIX —en un contexto marcado por el ascenso de la burguesía y el afianzamiento de la Revolución Industrial que la erigió como clase dominante—, se consolida la construcción de la categoría de “desviado” como un mecanismo funcional para el mantenimiento del poder (Pamo 32). La medicina, entonces, se constituye en sucesora de la ideología religiosa y la “desviación” es explicada en términos médicos, lo que confiere a la clase médica poder político (Enguix 2000). Para mediados del siglo XIX, la homosexualidad ya está bien caracterizada como enfermedad, lo que derivó en considerar al homosexual como una especie particular:

no tanto por un tipo de relaciones sexuales como por cierta cualidad de la sensibilidad sexual, determinada manera de invertir en sí mismo lo masculino y lo femenino. La homosexualidad apareció como una de las figuras de la sexualidad cuando fue rebajada de la práctica de la sodomía a una suerte de androginia interior, de hermafroditismo del alma. El sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie. (Foucault, *Historia de la...* 57)

De esta manera, se construye una identidad estigmatizada, medicalizada y marcada por la ambigüedad, cuyo objetivo principal es diferenciar y situar cognoscitivamente a los individuos. Para ello, se utilizan referentes diversos, como los roles asumidos, el comportamiento sexual, la apariencia o la adecuación a los estereotipos existentes sobre el grupo o individuo objeto de etiquetaje. Como dice Enguix (2000), desde este punto de vista, esta identidad conferida es un locus en el que se articulan procesos de dominación, puesto que aquello que se conoce, que puede ser identificado, puede ser controlado.

1 Con justa razón Foucault se pregunta: “¿acaso la puesta en discurso del sexo no está dirigida a la tarea de expulsar de la realidad las formas de sexualidad no sometidas a la economía estricta de la reproducción: decir no a las actividades infecundas, proscribir los placeres vecinos, reducir o excluir las prácticas que no tienen la generación como fin?” (*Historia de la...* 48).

La segunda mitad del siglo XIX en el Perú fue un contexto en el que aún las élites no habían podido lograr la hegemonía. Todavía se debatía cuáles serían las identidades etno-raciales que debían ser incluidas en el proyecto de modernización. Pero a este debate, se unió otro, menos estudiado: qué se debía hacer con las identidades sexo-genéricas disidentes, es decir, con aquellas que desafiaban el modelo de la sexualidad permitida, avalada y promocionada por dichas élites. En el Perú decimonónico la homosexualidad fue percibida como una condición indecente, transgresora y “anormal”, que degradaba la hombría al feminizar la imagen del varón y que no respondía a los cánones establecidos. Lo heterosexual, la decencia y la urbanidad imponían formalidades en el comportamiento de los individuos. Quienes se encargaron de dictaminar estos asuntos fueron los médicos, los cuales empezaron a tener un prestigio como depositarios del saber y de la ciencia, y como dice Claudia Rosas (2019), “su rol se extendió también al plano moral” (204). Esto permitió, en gran parte, la medicalización de discurso sobre la sociedad y el inicio del discurso higienista que se propagó a todos los ámbitos de la vida social. Como explica Rosas:

Los hombres de ciencia establecieron y difundieron la diferencia entre los sexos, y se negaba la posibilidad de que una mujer se pudiese convertir en hombre, sobre la base de argumentos científicos y médicos. Al igual que se mencionó a los homosexuales para descalificarlos, hay alusiones a los hermafroditas, de quienes se decía que “tienen unos ciertos promiscuos caracteres”, porque aparentemente participaban de uno u otro sexo. Sin embargo, los médicos señalaban que con el tiempo y el prolijo examen de los peritos se desvanecían perfectamente las dudas que podían suscitarse. Entonces había solo dos posibilidades: hombre o mujer. Ninguna otra. Es por eso que se excluyeron otras identidades sexuales y de género en el discurso ilustrado peruano. (205)

La higiene, desde las últimas décadas del siglo XVIII y con mayor fuerza durante el siglo XIX, fue un medio de control social para la disciplina de la naturaleza de los géneros. Esta fue empleada por las élites para constituir su sociedad ideal. Por esta razón, estaba atenta a la aparición de identidades sexo-genéricas que escaparan a dicho protocolo, no para invisibilizarlas, sino para evidenciarlas y mostrarlas en toda su perversidad. Las élites hicieron que este discurso higienista se

propagara y se estableciera mediante la prensa, los escritos médicos, científicos y literarios.

Al respecto, el intelectual desempeñó un papel fundamental en la propagación y establecimiento de dicho discurso. Así como en los procesos de Independencia, dichos intelectuales asumieron la misión de pensar e imaginar el destino que debían desempeñar estas identidades sexo-genéricas disidentes en los proyectos de modernización que estaban emprendiendo las élites. De esta manera, los homosexuales fueron sometidos a este examen —en términos de Foucault—, sus cuerpos se visibilizaron mediante los escritos de estos intelectuales y se los expulsó de la realidad, por considerarlos cuerpos que no podían ser instrumentalizados en las lógicas de trabajo, que la élite impone como base para el desarrollo de su proyecto. Un ejemplo de esta situación lo constituye el relato “Lorenzita” de Manuel Atanasio Fuentes (1878).

El presente artículo se propone demostrar que en este texto se puede evidenciar la posición de las élites respecto de las identidades sexuales disidentes, las cuales son estigmatizadas y descalificadas por ser consideradas cuerpos enfermos, improductivos y entregados al relajo. “Lorenzita” se convierte así en una especie de espacio en el cual se puede visibilizar este cuerpo, el trayecto de vida errático y que termina en fracaso, lo que pretendería sugerir que los homosexuales son personas con las cuales no se puede contar en un proyecto de modernización social.

Un aspecto interesante de “Lorenzita” es que es uno de los textos que más tempranamente abordó la temática de la disidencia sexual en la región. Años después lo hicieron en Argentina, Eugenio Cambaceres con *En la sangre* (1887) y Julián Martel con *La bolsa* (1891); en Brasil, *Bom-Crioulo* (1895), de Adolfo Caminha. Ya en el siglo XX, en México, se tiene *Los cuarenta y uno: novela crítico-social* (1906) de Eduardo Castrejón; en Chile, publicó *Pasión y muerte del cura Deusto* (1924); en Ecuador, el cuento “Un hombre muerto a puntapiés” (1927) de Pablo Palacio; en Colombia, *Por los caminos de Sodoma* (1938) de Bernardo Arias Trujillo; y en Bolivia, *Erebo* (1955) de Pablo Gumiel.

“Lorenzita”: la expulsión de lo distinto

Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889), quien escribió bajo el seudónimo de “El Murciélago”, es uno de los intelectuales más importantes del

Perú de la segunda mitad del siglo XIX. Autor de una abundante obra donde, como dice Cornejo Polar (1998), “la intención costumbrista y el tono festivo se combinan con el propósito científico de acopiar y ofrecer información especialmente sobre Lima” (80). Director y colaborador de una serie de publicaciones periódicas, antologador del primer *Mercurio Peruano*, descrito por Marcel Velázquez (2019) como “autor de manuales religiosos y jurídicos, versificador satírico, divulgador de la historia de la ciudad, polemista incansable y pedagogo” (Velázquez, “Configuraciones...” 319). Entre sus libros más importantes se cuentan: *Biografía del Murciélago* (1863), *Aletazos del Murciélago* (1863) y su monumental *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* (1867).

“Lorenzita” es un texto que fue publicado en el diario limeño *La broma* en abril de 1878. Pese a formar parte de la obra de uno de los autores más destacados del siglo XIX en el Perú, no recibió la atención de la crítica especializada². Recién esta última década ha empezado a leerse este texto que podría ser considerado, hasta la redacción de este artículo, la primera manifestación que “presenta los dilemas de un personaje homosexual en el centro de la trama” (Velázquez, “Configuraciones...” 320), lo que por supuesto, no implica que se trate de un texto de reivindicación de las sexualidades diversas.

El personaje principal del relato es Lorenzo, a quien desde la época escolar, los amigos llaman con el apodo de Lorenzita. Se trata de un muchacho que es estigmatizado por su aspecto corporal. Así:

Más que niño, hubiérase dicho que era una niña si sus señores padres, en vez de haberlo metido en el clásico mameluco de *porte-mahon*, le hubieran puesto enaguas y polleras; la apariencia femenil no provenía, sin embargo, de la belleza de su rostro, cuyas irregulares facciones lo hacían tirar a feo con cierta fuerza invencible. La debilidad de su sexo se deducía de su aire y movimientos afeminados y de las formas de su cuerpo que, desde esa tierna edad, ofrecía un desarrollo poco parecido al del hombre que lo fuera en la extensión de la palabra; agréguese a esto el gusto más decidido por objetos femeniles y es claro que en ese niño había sufrido la naturaleza una

2 Alberto Tauro (1974) rescata el texto en *Tradiciones desconocidas*. Todas las citas de “Lorenzita” que se emplean en este trabajo corresponden a dicha edición.

equivocación, quedándose indecisa, al mismo tiempo de darle el primer soplo de vida, sobre si ese nuevo ser debía venir al mundo para guerrero o para nodriza. (Fuentes 202)³

Judith Butler (2016) explica que: “la acción de género exige una actuación *reiterada*, la cual radica en volver a efectuar y a experimentar una serie de significados ya determinados socialmente, y esta es la forma mundana y ritualizada de su legitimación” (274). En el caso de Lorenzo, la mirada del otro lo cataloga dentro de lo femenino, porque su cuerpo no posee bien definidas las insignias de la masculinidad hegemónica (robustez, virilidad) y dicho cuerpo actúa movimientos que son considerados privativos de las mujeres. Hay aquí la imposición de un modelo de exigencia psicosocial de conformación a los estereotipos de género. Los cuales pueden ser entendidos como

El conjunto de elementos que psico-socialmente y de forma normativa se exige interioricen y expresen los seres humanos pertenecientes al sexo masculino y al sexo femenino para ser incluidos dentro de algunos de los rangos del modelo de poder socio-construído y psico-impuesto a través de los diferentes ordenamientos señalados. (Adrian 31)

Todo esto hace que el otro sea considerado como una “equivocación” de la naturaleza, explicación que autores como Ricardo Palma (Velázquez, *La mirada* 188) ya habían utilizado para explicarse la emergencia de estas identidades sexuales. Por otra parte, un aspecto interesante de la cita es que se dice que la naturaleza ha quedado indecisa sobre si Lorenzo vino para ser “guerrero” o nodriza”. Como se dijo, en el siglo XIX peruano se es varón o mujer. No hay otra alternativa. Al negarse a inscribirlo en cualquiera de estos dos géneros, el narrador ha instalado a este personaje en una especie de limbo. En realidad, está sugiriendo que este muchacho, por su condición genérica-sexual, es un abyecto, tal como lo define Julia Kristeva (2006), porque es ambiguo, incierto, desconcertante. Lorenzo habita “donde el sentido se desploma” (Kristeva 8), ya que no puede ser definido. Más adelante el narrador expresa:

3 Todas las citas del texto corresponden a su versión original, publicada en el diario *La broma*, en el número 26, el 13 de abril de 1878.

Mientras todos los diablillos estudiantes del Nebrija se desayunaban con leche vinagre o bizcochos con queso, el joven melifluo tomaba horchata o fresco de piña, y mientras los cuartillos y medios iban a parar a la pulpería de D. Pascual en cambio de galletas, huesillos y orejones, los medios de la niña, como lo llamaban sus condiscípulos, iban a manos de la misturera en cambio de azahares y claveles. (2002)

Patricia Soley-Beltrán (2014) explica que: “La vigilancia colectiva en el espacio público es notable dada la ubicuidad del género en la interacción social” (70). Lo que implica que es la mirada del otro quien reconocerá si se forma parte de un grupo o no. Esta mirada tiene como base la performance que se realiza cotidianamente. Es a partir de los actos que se realizan que las personas son evaluadas como parte integrante de un género o no. Lorenzo no actúa como los muchachos de su entorno: prefiere las bebidas exóticas a las galletas y dulces, las flores a la comida. Todo esto hace que se lo estigmatice. Así: “El niño se llamaba Lorenzito, sus compañeros lo llamaban la niña Lorenzita. Claro es que la desgraciada niña tenía que ser el objeto de bromazos y de farsas estudiantiles” (Fuentes 202).

Ante la conducta errática de este muchacho, sus compañeros buscan feminizarlo al asignarle un nombre de mujer. Pero, además, el uso del diminutivo es revelador, ya que también se pretende infantilizarlo. De esta manera, se acentúa el hecho de que se trata de un ser en minusvalía social, un individuo en carencia, el cual debe ser tutelado y controlado. Esto es importante porque revela que los agentes del sistema patriarcal no consideran a esta identidad disidente como un igual, sino como uno diferente e inferior, sin las mismas prerrogativas del sujeto masculino, de ahí la razón de la decisión de tratarlo como una mujer o un niño. Una cuestión conexas a la anterior es que dicho sistema heteropatriarcal no solo actuará mediante los compañeros de Lorenzo, sino que, incluso, el narrador asentirá sobre la conducta homofóbica de estos muchachos, hasta el punto de no solo compartir dicha conducta, sino de celebrarla. Como recuerda Gerard Genette (1989), la labor del narrador no solo es contar la historia del relato, sino que puede asumir otras funciones (309). Una de estas es la ideológica, que busca justificar y explicar el contenido que está narrando. El narrador del texto de Manuel Atanasio Fuentes asume tanto la carga ética como moral de lo que cuenta este texto.

El narrador de “Lorenzita” refiere la historia de vida de Lorenzo a partir de momentos que considera significativos. El primero es su época escolar. Aquí se narra que el protagonista de la historia no es hábil para los estudios; por ejemplo, reprueba en varias ocasiones el curso de latín. Este hecho es suficiente para identificar a Lorenzo con las mujeres. El narrador comenta: “El latín es lengua a que las mujeres no tienen mucha afición y en esto se parecía también Lorenzito a las mujeres” (Fuentes 202). Como consecuencia, los padres del personaje lo retiran del colegio. Sin embargo, al poco tiempo regresa a las aulas y logra el cometido de culminar sus estudios: “estuvo en el colegio de Santo Toribio, en donde hizo tales progresos que recibió los cuatro grados, vistió sotana y cargó sombrero de teja” (Fuentes 202). A pesar de que está en camino de convertirse en seminarista, sigue conservando sus “delicados gustos” (Fuentes 202) en la vestimenta:

el cuello de mostacillas, los puños de la camisa bordados con pluma, los zapatos de hule con hebillita de plata y los pañuelos de hilo para el bolsillo acusaban que el clérigo en ciernes sería con el tiempo el eclesiástico más pinganilla de su época. Pero la suerte ingrata no lo dispuso así, el monago colgó los hábitos. (Fuentes 202)

Fernanda Molina (2017) explica que el atuendo y la sexualidad sodomítica en el Perú del siglo XVII y XVIII estaban fuertemente arraigados (156). Lo mismo puede decirse del siglo XIX, porque la homosexualidad es evaluada por la vestimenta que llevaban los individuos. En el relato, la mención a dichos artilugios refuerza la idea de que Lorenzo es un afeminado. Lorenzo es representado como un tonto, porque no puede desarrollar sus estudios de latín como cualquier hombre de su estatus social. Más tarde si bien los retoma, lo cierto es que termina por abandonarlos, lo que sumaría a la representación anterior el rasgo de la inconstancia. Lo que el texto sugiere es que los “afeminados” (como denomina el narrador a los individuos disidentes sexuales) son poco inteligentes, veleidosos e inestables como las mujeres, pero sin el atenuante de ser una de ellas.

En el relato se produce una elipsis y ahora el narrador sitúa la historia en 1840. Lorenzo ha montado un negocio. El narrador describe la fachada en los siguientes términos, focalizando especialmente un detalle:

sobre la puerta principal que da para la calle de la Concepción, se puso una muestra, obra admirable de un artista peruano, que representaba a Cupido en paños menores o, mejor dicho, sin más paño que una venda, lanzando sus emponzoñados dardos a varias doncellas castas. El Cupido era blanco y rubio como un alemán y las doncellas negras como la reina de Mozambique. En la otra puerta, la muestra tenía esta leyenda: “Baratillo de comestibles, licores, manteca y leña de Lorenzo B...” (Fuentes 203)

Resulta interesante la manera cómo el narrador establece una relación entre el negocio de Lorenzo y su condición sexo-genérica. A pesar de que se dice que se trata de una tienda, el narrador pone atención en el letrero de la entrada. El Cupido blanco y rubio lanzándole flechas a las doncellas negras evoca la imagen de lo prohibido, lo provocador y lo escandaloso. Más que una tienda, dicho letrero parecería sugerir un lugar de divertimento y lujuria, características que se sugiere pueden ser endilgadas al personaje por tratarse de un homosexual. El letrero es un objeto-signo y genera un proceso de resemantización a partir del preciso momento en que es mencionado. Como indica Roland Barthes (1993): “siempre hay un sentido que desborda el sentido del objeto” (248). Ahora bien, el hecho de que el narrador resalte dicho letrero también está cargado de significación. El narrador cumple la función del ojo censor, disciplinador, que siempre está acechando, buscando a los individuos transgresores. Volviendo al relato, en efecto, el establecimiento funciona como una pulpería, pero por las noches se transforma es una especie de local en el que se produce el desenfreno:

Varios jóvenes decentes, amigos del negociante, lo honraban nocturnamente con sus visitas; formaban en la trastienda unas franchelas y unas remoliendas de hacerse agua la boca; corrían las mistelas fabricadas en la casa por el gazzate de los amigos, como el agua en Matucana ahora dos meses; pasaban por el mismo túnel el pan, queso, aceitunas y plátanos, como si los propietarios de tales conductos hubieran pasado una cuaresma entera a pan y agua; y por último... por último, ¡qué diablos!, ¡¡quebró el pulpero!! (Fuentes 202)

El texto refrenda esta idea del homosexual que vive en el exceso. Si bien no se realiza una alusión directa a las relaciones homosexuales, puede inferirse que estas se llevan a cabo, porque los que se reúnen allí

son solo hombres, “jóvenes decentes, amigos del negociante”. Debe recordarse que el tono que utiliza el narrador para contar la historia de Lorenzo es la ironía. Junto a estos amigos, el personaje principal arma fiestas descomunales que presumiblemente terminan en sexo. En el relato, el narrador no se atreve a decirlo. Solo utiliza tres puntos suspensivos. El sexo entre hombres no es simbolizado, porque el sexo entre hombres, el sexo homoerótico, es inimaginable para la época, que no se dice solo por una cuestión de pudor, sino de rechazo. Una cuestión más acerca de este fragmento citado: Lorenzo intenta integrarse en los modos del capitalismo mediante el comercio que instala, vende diversos productos, pero esta aventura comercial no resulta bien. Como consecuencia de los excesos Lorenzo quiebra. El texto vehicula dos estereotipos más supuestamente sobre el homosexual: son excesivos e irresponsables.

Si bien el relato no lo dice, lo cierto es que esta vida de excesos tendrá consecuencias terribles para Lorenzo, quien no solo se enfermará de disentería, sino que afrontará una miseria espantosa. El cuerpo del homosexual ahora es un cuerpo enfermo:

En el oscuro cuarto del traspatio perteneciente a una casa situada en el callejón de Contradicción, vive un hombre en cuyo cuerpo puede estudiarse un curso de osteología sin que se escape ni el más insignificante huesecillo; su cara enjuta y demacrada manifestaba que el individuo a quien esa cara había tocado en lote estaba padeciendo o había padecido de alguna tremenda disentería. A tal estado de flacura había llegado ese cuerpo y a tal estado de transparencia esa piel, que la ciencia pensó en sacar provecho del individuo y pensó lo mismo, por su parte, el honorable ayuntamiento de la capital.

Creyó el protomedicato que si era posible introducir una vela encendida en el interior de Lorenzito podría estudiarse cómodamente la organización de las entrañas sin necesidad de escalpelos; creyó el honorable Cabildo que si esa introducción era posible, podría aprovecharse al individuo como faro, pero protomedicato y ayuntamiento desistieron de sus proyectos calculando que la luz no era posible por falta de ventilador y ahí quedó la cosa. (Fuentes 202)

La escena revela dos situaciones. En primer lugar, se reafirma el cuerpo del homosexual como un cuerpo abyecto. Tanto el promedica-

to como el ayuntamiento están fascinados con el cuerpo de Lorenzo. De esta manera, se prueba que el abyecto atrae, pero también perturba (Kristeva 11). Por otra parte, aunque no se concreta, lo cierto es que la ciencia quiere utilizar como objeto de estudio el cuerpo de Lorenzo. Este ya no es tratado como un ser humano, sino que es degradado a un objeto, una cosa con la cual experimentar. En el relato quieren convertirlo “en una lámpara viviente” (Soto 78). Esta pretensión evidencia la emergente lógica capitalista que considera que de todo puede sacarse alguna ventaja, incluso del cuerpo de un abyecto. Resulta escandaloso que el experimento no se haya suspendido por respeto al individuo, sino porque “la luz no era posible por falta de ventilador”. El cuerpo del homosexual es un cuerpo con el cual se puede experimentar, ensayar, jugar, porque se trata de un cuerpo abyecto y, como tal, es descartable, destruible, en suma, un cuerpo que no importa.

A pesar de todo, Lorenzo sobrevive y emprende nuevos negocios. El narrador relata sobre el personaje: “había cambiado de profesión y entregándose a hacer flores de mano y de briscado, ollitas y jarritos de barro sahumado y algunos objetos de esa clase” (Fuentes 203). No es gratuito que Lorenzo solo destaque dedicándose a un oficio que puede ser privativo de lo femenino, este hecho vincula aún más a este personaje con lo femenino.

Nuevamente el narrador realiza una elipsis y ahora traslada las acciones años más adelante, 1844, y ubica a Lorenzo como un vendedor de estos objetos en ferias. Pero amplía su oferta y “a la industria consabida añadió Lorenzito la de hacer marcas y bordar plumillas, habilidades que hasta entonces no había desplegado ningún individuo del sexo de Caín, pero que en Lorenzito se desarrollaron con una inaudita brillantez” (Fuentes 203). Esta situación permitirá que Lorenzo prospere nuevamente. Así: “Volvió la boga y con ella volvieron la buena vida, aunque siempre algo amargada por la impertinente dolencia, las cenas, el cuarto elegante; y por segunda vez volvió a suceder lo que tenía que suceder, otra quiebra y, no tanto porque la industria no fuera siempre proficua, sino porque la dolencia arreció hasta convertirse en tormenta” (Fuentes 203).

Fíjese que el narrador se refiere a la quiebra de Lorenzo como un hecho inevitable, que debe producirse necesariamente. Esto significa que el fracaso en sus actividades no se debe a que este personaje sea

alguien que no sabe dirigir sus negocios, sino que se trata de un homosexual. El cuerpo enfermo de este llega al límite impidiendo cualquier éxito posible. Marcel Velázquez, quien analiza el texto, anota bien que el cuerpo de Lorenzita no solo es incómodo para el orden genérico-sexual de la época, sino para el trabajo productivo del capitalismo (Velázquez, *La mirada...* 188). En efecto, el cuerpo del homosexual resulta un problema para los objetivos de la élite que desea que la nación peruana alcance la modernización. Por esta razón, hay que hablar sobre este cuerpo, visibilizarlo, con el fin de estigmatizarlo y declarar que se trata de un cuerpo que no debe tenerse en cuenta en cualquier proyecto social que se emprenda. En este sentido, la representación que se hace del homosexual en este texto es parte del discurso de disciplinamiento e higienización que el grupo al que pertenece Fuentes realiza en el Perú de finales del siglo XIX.

El último episodio de la vida de Lorenzo lo ubica nuevamente en un estado de carencia absoluta.

La plaza de Lima, hasta ahora pocos años, ofrecía por las noches un aspecto alegre, bullicioso y pecaminoso. A ella concurrían todas esas ánimas que, como las del limbo, no tienen lugar determinado: muchas de esas ánimas estaban en ayunas a las nueve de la noche, bien que forradas en blancas y calurosas polleras. En uno de los bancos próximos a un puesto de cena, encuéntrase una mujer alta, pálida, envuelta en un pañuelón de colores y teniendo en la mano un pañuelo de hilo que continuamente lleva a la boca. (Fuentes 203)

La representación que se elabora de la plaza de Lima la sitúa como un lugar en el que pululan personas que no tienen un espacio definido en la ciudad, habitan “como un limbo”. La plaza se ha convertido en el hogar de menesterosos y gente muy pobre que no tiene los medios para alimentarse. Pero si presta la debida atención, estas personas son mujeres “forradas en blancas y calurosas polleras”, entonces se trata de prostitutas que venden sus favores a cambio de una cena. En uno de los bancos de esta plaza se encuentra Lorenzo travestido como una mujer.

Lorenzo está a la espera de algún parroquiano que le invite a cenar. Precisamente quien acude a él es un próspero comerciante de origen inglés, el cual luego de varias insistencias logra que la mujer lo acom-

pañe. Se trata del primer empresario de ferrocarriles entre Lima y Callao: *míster*. John Wilson, a quien nadie llama así, porque “como sobre la puerta de su establecimiento había un letrero que decía: “*horses to let*”, el público inteligente creía que su nombre era *míster* Horses” (Fuentes 203).

Como se dijo, el inglés invitó a cenar a Lorenzo sin percatarse de que se trata en realidad de un hombre disfrazado de mujer. Lorenzo, como mucha habilidad, cena sin permitir que se le vea el rostro, lo que supone que no era la primera vez que se ponía esa vestimenta y que acudía a esa estrategia para procurarse alimento. Una vez terminada la cena, Lorenzo quiere irse, pero el inglés desea algún tipo de compensación por la cena ofrecida. Así, el narrador relata: “él pretendía estrechar más la amistad y, aunque la dama defendía heroicamente su virtud y rechazaba las proposiciones un poco avanzadas y deshonestas de su rubio apasionado, pareció al fin ceder y acompañar a este a su domicilio” (Fuentes 203). Esta situación corrobora que la plaza de Lima es un lugar en el que las prostitutas esperan a sus clientes. Por esta razón el inglés reclama una retribución por lo invitado. El inglés la lleva a su domicilio y Lorenzo no sabe cómo impedir el encuentro amoroso hasta que:

Por fin, al llegar ya a la casa, la ninfa se para de firme, el galán insiste en que lo siga y ella, echándose atrás el pañuelón, deja ver una cabeza casi rapada y una cara escuálida algo afeminada pero no completamente de mujer.

—Caballero, le dice, yo no soy mujer; soy un hombre desgraciado que hace dos días no he echado en mi estómago ni una hilacha; soy enfermizo y no puedo trabajar; por ver si conseguía cenar he tomado este disfraz; Ud. ha sido bastante generoso para proporcionarme los medios de no morir de inanición, séalo Ud. para perdonar el chasco que se ha llevado... (Fuentes 203)

La confesión que realiza Lorenzo es interesante, porque no se ve así mismo como una mujer, sino como un hombre. Un hombre que se viste de mujer. Entonces se trata de un travesti, no de un personaje transgénero. Ahora, si se le cree, este personaje se traviste por necesidad, porque ha encontrado en esta estratagema una manera de poder alimentarse. Marcel Velázquez se equivoca cuando dice respecto

de Lorenzita que “se comporta como una prostituta” (“Configuraciones...” 324). Se puede decir que no se trata de alguien que comercie con su cuerpo, porque no sabe exactamente qué hacer ni qué decir luego de haberse alimentado con la comida. Además, el hecho de no buscar tener relaciones sexuales con el inglés asume que no realiza dicha actividad por una cuestión de divertimento, sino por una urgencia alimenticia.

La reacción del inglés es furibunda: “El inglés se quedó como la estatua del Comendador. No dijo una palabra, pero levantando un garrote que le servía de apoyo, arrojó tal tunda a la supuesta mujer que la echó por tierra, medio muerta” (Fuentes 203). ¿Por qué reacciona de esta manera míster Wilson? No solo porque ha sido timado, y “no admite su error y reacciona con muda ira” (Velázquez, *La mirada...* 189), sino y, sobre todo, porque Lorenzo ha puesto en duda su masculinidad. El hecho de haber caído en el engaño hace que el inglés crea que el homosexual que lo ha engañado insinúa que, de alguna manera, también él tiene esta orientación sexual, lo que pone en duda su virilidad. Por eso hay que agredirlo brutalmente, para que no quede ninguna sospecha de que no es como él, que no es un homosexual.

En el relato, algunos transeúntes que vieron la agresión acudieron a socorrer a la persona agredida. Como era obvio para ellos llevaron a la herida al hospital de Santa Ana, el reservado para las mujeres. Aquí la abadesa, al darle los primeros auxilios:

Hizo que se llevaran el cuerpo a una sala y, al desnudar a la pobre apaleada, creyó ver que esta era... Dudó de lo que creía ver y, poniéndose las gafas y acercando la luz, se convenció de que esta mujer no era igual a las demás y que había razones para suponer un extravío de la naturaleza; persona más entendida que ella en esa materia, la barchilona de la sala declaró rotundamente que esa mujer era hombre y a la madrugada fue mandada al hospital de San Andrés. (Fuentes 203)

En este hospital regentado por religiosas se percatan de que no se trata de una mujer, sino de un hombre. Es curiosa la manera cómo se lo define: “extravío de la naturaleza”, se reitera la idea que solo se puede pensar en los parámetros de la heteronormatividad. Así se niega la posibilidad de otro tipo de identidad. Resulta interesante notar que

ante la duda de la sexualidad de este personaje se acuda a la barchilona (la enfermera), la cual dictamina que no se trata de una fémina sino de un varón, por eso hay que conducirlo al hospital de hombres de San Andrés, lugar en el que Lorenzo dejará de existir. En la participación de la barchilona por petición de la religiosa puede verse la manera en que el discurso médico reemplazó al discurso religioso en el examen que se hacía de estos cuerpos homosexuales. Solo puede ser hombre o mujer. Y la barchilona —la ciencia—, dictamina hombre, lo que supondrá llevar a Lorenzo hasta el Hospital de San Andrés, poniendo aún más en riesgo su vida. El relato finaliza del siguiente modo:

Nuestros lectores habrán adivinado que ese hombre-mujer era nuestro conocido Lorenzito. La abundante cena más la abundante garroteadura y los achaques de la dolencia crónica, siempre persistente, hicieron bajar a la huesa prematuramente a Lorenzito B... cuyos amigos, al darse la funesta nueva, se decían: “¡Ya murió la pobre Lorenzita!”. (Fuentes 203)

Como se aprecia, el narrador sigue definiendo a Lorenzo como un ser ambiguo, abyecto, porque no lo termina de definir. “Hombre-mujer”, lo llama, negando su condición de homosexual, incapaz de imaginar esta identidad más allá de las categorías del binarismo heterosexual, atrapado en la heteronormatividad. Una cuestión aparte es el hecho de lo que dicen cuando este personaje muere: “¡Ya murió la pobre Lorenzita!”. Debajo de la conmiseración y la pena, emerge una especie de “alivio” (Velázquez, *La mirada...* 191), pero también la constatación de que una identidad de esas características solo podía tener un fin semejante: una desaparición prematura. Hay en esta expresión una especie de determinismo que asume que la identidad y el destino del homosexual es inmutable, fijo, esencial, y que solo puede terminar sus días rápidamente y de la peor manera. Esta forma de representarlo como una víctima puede ser considerada como una narrativa del dolor o del fracaso (Leonardo-Loayza, “Transfobia...” 147), en la que las identidades disidentes viven en medio del sufrimiento e incapaces de enfrentar sus circunstancias terminan sus días, ya sea enclaustrados o muertos. Peculiaridad que caracteriza a la literatura que aborda la temática disidente sexual en el Perú y el resto de Latinoamérica durante todo el siglo XX (Leonardo-Loayza, “Identidades...” 13).

No se equivoca Velázquez cuando dice que en “Lorenzita” el humor es una estrategia que está al servicio del poder y que busca “condenar y excluir todo lo deforme y vicioso” (*La mirada...* 90). En efecto, el humor es empleado en el relato como una clave narrativa que permite que el narrador estigmatice a este personaje disidente sexual, que lo represente como objeto de burla y sugiera su inutilidad como parte de algún proyecto social que se emprenda. Asimismo, el humor facilita que los contenidos que se están narrando no sean del todo cuestionados. Debajo de la risa que destila el narrador en el relato está la vida trágica de un ser humano que, por una determinada orientación sexo-genérica, no puede sobresalir en la vida.

Este uso de la fuerza implica no solo una agresión, sino que permite establecer diferentes relaciones de poder (Arisó y Mérida 42). Se trata de una manifestación de la subordinación de una masculinidad hegemónica sobre otra subalterna. Además, no debe olvidarse que es la puesta en escena de un acto de violencia homofóbica (indicador de una sociedad heteropatriarcal), la cual no es cuestionada en absoluto por el narrador, sino que, de algún modo, este acepta la reacción del agresor, la justifica.

Conclusiones

“Lorenzita” es un relato importante no solo para entender la emergencia de la representación de un sujeto social (el homosexual), que se creía ausente del discurso en el Perú del siglo, sino que evidencia la posición de la élite peruana respecto de este tipo de identidad sexo-genérica. No se trata de un relato que reivindique la diversidad sexual, por el contrario, se exhibe al homosexual como un objeto exótico, errático y abyecto, lo que reitera los estereotipos que permitieron fijar y jerarquizar a los individuos que pertenecen a esta filiación sexo-genérica como ciudadanos de segundo orden.

En el texto, el cuerpo del homosexual es asumido producto de un error de la naturaleza, por eso no debe sorprender que se le evalúa como poseedor de un cuerpo enfermo (un cuerpo inmoral). El hecho de considerar la homosexualidad como una enfermedad estigmatiza a los individuos y los transforma, se pasa de ser un ciudadano a una especie de identidad por la cual hay que sentir no solo pena, sino rechazo, porque no goza de salud, no concuerda con los ideales de

la sociedad en la que se desarrolla. Resulta interesante cómo el texto de Fuentes instrumentaliza una serie de estereotipos, los cuales devendrán en prejuicios. Los homosexuales son inútiles, improductivos, irresponsables, excesivos, por eso no se los puede utilizar en los proyectos de modernización de la sociedad peruana de fines del siglo XIX.

El relato está marcado por una ironía constante. El narrador elabora una crítica a las instituciones y personas que participan de la historia que está contando. Esto podría sugerir que se trata de un texto cuya intención radica en cuestionar las costumbres de su época, como era la usanza de los escritores costumbristas de la primera mitad del siglo XIX pero parece que, en realidad, se trata de la mirada de la clase dirigencial sobre las identidades sexuales disidentes, las cuales son descalificadas por no poseer los atributos necesarios para emprender la modernización de la nación, como son la constancia, el trabajo o la virilidad. Lo que se pretende con este relato es sentar una posición acerca de si debe incluirse o no este tipo de personajes, en el proyecto que las élites están implementando en el Perú de finales del siglo XIX, y lo que pareciera proponer el narrador de “Lorenzita” es que este tipo de individuos no son confiables, porque su orientación siempre los llevará al desorden y al fracaso.

Una última cuestión es que “Lorenzita” inaugura un tipo de discurso que presenta al homosexual como un sujeto de piedad, es decir, uno por el cual hay que sentir pena o conmiseración. Se lo victimiza al punto de mostrarlo como un personaje sin agencia, incapaz de enfrentar las diferentes situaciones adversas que le presenta el sistema heteropatriarcal. Esta manera de presentar al homosexual puede ser considerada como parte de un discurso que podemos denominar *narrativa del fracaso* o *del dolor* (Leonardo Loayza), una manifestación en la que solo le queda al disidente sexual recluirse, exiliarse, suicidarse, o como en el caso de Lorenzita, terminar sus días en un crimen homofóbico.

Referencias bibliográficas

Adrian, Tamara. “Estereotipos de género, discriminación y protección legal en América Latina: análisis comparativo.” *Cartografías queer. Sexualidades y activismo LGTB en América Latina*. Comps. Daniel Balderston y Arturo Matute Castro. Pitts-

- burgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2011, pp. 19-57. Impreso.
- Arisó Sinués, Olga y Mérida Jiménez, Rafael. *Los géneros de la violencia. Una reflexión queer sobre la 'violencia de género'*. Madrid, Egales, 2010. Impreso.
- Barthes, Roland. "Semántica de los objetos". *La aventura semiológica*. Barcelona, Paidós, 1993, pp. 425-255. Impreso.
- Butler, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Paidós, 2016. Impreso.
- Cornejo Espejo, Juan. "La homosexualidad como una construcción ideológica". *Límite*, vol. 2, no. 16, 2007, pp. 83-108. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83601605>
- Cornejo Polar, Jorge. *Estudios de literatura peruana*. Lima, Universidad de Lima-Banco Central de Reserva del Perú, 1998. Impreso.
- Enguix Grau, Begoña. "Sexualidad e identidades. Identidades homosexuales". *Gazeta de antropología*, no. 16, 2000, pp. 1-8. <https://doi.org/10.30827/digibug.7498>
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad. 1. La voluntad del saber*. México, D. F., Editorial Siglo XXI, 2005. Impreso.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2010. Impreso.
- Fuentes, Manuel Atanasio. "Lorenzita". *La broma*, no. 26, 1878, pp. 202-203. Impreso.
- Genette, Gerard. *Figuras III*. Madrid, Editorial Lumen, 1989. Impreso.
- Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis Ferdinand Céline*. México, D.F., Siglo XXI, 2006. Impreso.
- Leonardo-Loayza, Richard. "Identidades sexuales disidentes en Cartas de un seductor, de Hilda Hilst". *Estudos de literatura brasileira contemporânea*, no. 61, 2020, pp. 1-13. <https://doi.org/10.1590/2316-4018616>
- Leonardo-Loayza, Richard. "Transfobia, maternidad protésica e identidades no heteronormativas en Loxoro (2011) de Claudia Llosa". *Letras* (Lima), vol. 92, no. 135, 2021, pp. 146-159. <https://doi.org/10.30920/letras.92.135.11>
- Molina, Fernanda. *Cuando amar era pecado. Sexualidad, poder e identidad entre los sodomitas coloniales (Virreinato del Perú, siglos XVI-XVII)*. La Paz, IFEA-Plural editores, 2017. Impreso.

- Pamo Reyna, Oscar. "El travestismo en Lima: de la Colonia a la República". *Acta Herediana*, no. 56, 2016, pp. 26-38. <https://doi.org/10.20453/ah.v56i0.2713>
- Rosas Lauro, Claudia. "Damas de sociedad y varones ilustrados. Mujeres, hombres y género en el discurso modernizador de la ilustración a fines del siglo XVIII". *Género y mujeres en la historia del Perú. Del hogar al espacio público*. Ed. Claudia Rosas Lauro. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2019, pp. 203-228. Impreso.
- Soley-Beltrán, Patricia. "No-body is perfect". Transexualidad y performatividad de género. *Judith Butler en disputa. Lecturas sobre la performatividad*. Eds. Patricia Soley-Beltrán y Leticia Sabsay, Madrid, Editorial Egales, 2014, pp. 59-100. Impreso.
- Soto, Kurmi. Artificios y miserias del cuerpo: "Lorenzita" (1878) de Manuel Atanasio Fuentes. *Revista Entre Caníbales*, vol. 1, no. 4, 2017, pp. 77-82.
- Tauro, Alberto. "Lorenzita" de Manuel Atanasio Fuentes. *Tradiciones desconocidas*. Ed. Estuardo Núñez. Lima, Peisa, 1974, pp. 54-64. Impreso.
- Velázquez Castro, Marcel. *La mirada de los gallinazos. Cuerpo, fiesta y mercancía en el imaginario sobre Lima (1640-1895)*. Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2015. Impreso.
- . "Configuraciones del cuerpo homosexual en dos narraciones modernas de Manuel Atanasio Fuentes y Ricardo Palma". *Género y mujeres en la historia del Perú. Del hogar al espacio público*. Ed. Claudia Rosas Lauro. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2019, pp. 317-332. Impreso.